

9-8-2020

Dos mitos filosóficos sobre la violencia racial

Alex Levine

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Levine, Alex. 2020. Dos mitos filosóficos sobre la violencia racial. *Revista Surco Sur*, Vol. 10: Iss. 13, 43-44.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.10.13.15>

Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur/vol10/iss13/17>

This CRITERIO ATENTO is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

Alex Levine

DOS MITOS FILOSÓFICOS SOBRE LA VIOLENCIA RACIAL

No pretendo que podamos vivir sin mitos, su importancia fue demostrada en *La República*, de Platón, donde se encuentra también un argumento sobre la posibilidad de su construcción consciente para los propósitos del bien común. Sin embargo, es parte de la tarea crítica de la filosofía, en el sentido Kantiano de la crítica, descubrir los mitos subterráneos, exponerlos a la luz del día, y someter sus usos y abusos al escrutinio franco. Este es el tema de este breve ensayo sobre los mitos con los que enmarcamos el discurso intelectual y popular sobre la violencia racial.

Primer mito: La violencia requiere la deshumanización de la víctima

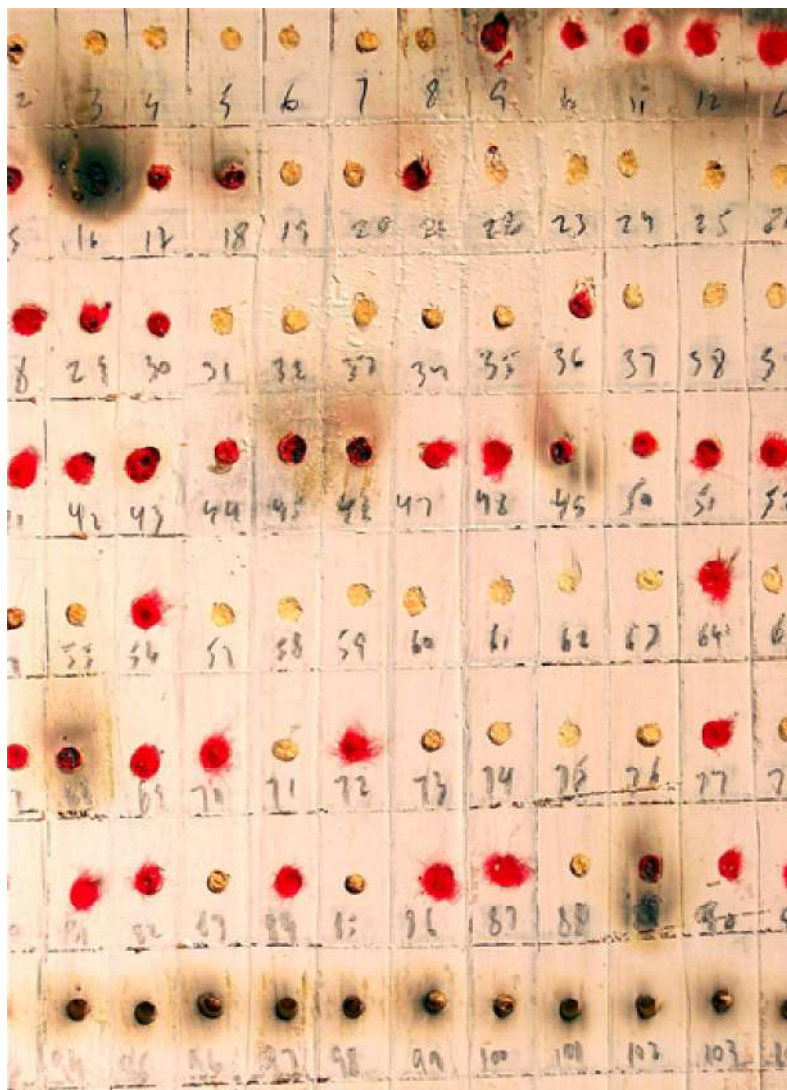
Es común decir que para enfrentar a otro ser humano con el propósito de causarle sufrimiento, de matarlo o aún aniquilarlo, destruyendo su vida y existencia, borrando su historia y su nombre, sus antepasados y sus descendientes, es necesario primero reducirlo a algo inferior a lo humano, ontológicamente encajado en las categorías de mero animal o mera cosa. La plausibilidad de este mito se basa en la premisa de que nos resulta más fácil destruir un ser ya ontológicamente reducido. Puede ser que sea así, pero sin embargo somos capaces de seguir caminos complejos, incluso de elegirlos precisamente por la dificultad que presentan. Además, hay luchas que son personales, y requieren precisamente una lucha con otros seres humanos, reconocidos como tales.

Me recuerda cuando mi casa fue invadida por ratones y traté de ignorar las muestras de su presencia, sus ruidos y olores ofensivos, sus depredaciones en la cocina. Finalmente tuve que reconocer lo que

sentía, que esta era mi casa, y que no la quería compartir con ellos. Al contrario, quería que se murieran todos. No me considero una persona sentimental, pero a la misma vez hubiera preferido no matarlos; o sea, quería que se murieran, pero no los quería matar, pero ya que nadie más se ofrecía para el trabajo sucio, decidí hacerlo. En el medio de la matanza descubrí algo inesperado sobre mi propia motivación, para destruir a estos seres no-humanos, me tuve que convencer que no eran simplemente animales, inoportunos pero inocentes, sino mis enemigos, con los que estaba en guerra. Lejos de someter a mi enemigo a una reducción ontológica, convencerme de pensar en otro ser humano como mero animal, tuve que someterlo al animal invasor a una inversión ontológica, convencerme que era algo como un ser humano, digno de ser mi enemigo detestado, digno de aniquilar con toda la violencia necesaria y quizás aun con un poquito de violencia no necesaria pero deseada, porque el ejercerla me daba placer.

Segundo mito: la violencia requiere la deshumanización del agente

Es también común pensar en el agente de violencia en términos de metáforas deshumanizantes. La noción del crimen pasional tiene un lugar asegurado en la jurisprudencia tradicional, y a pesar de que hay diferentes definiciones de estos crímenes, todas tienen en



Cortesía de Adriana Novoa

común la idea de un delito cometido por un agente motivado por la pasión propia, y no por su razón. Según la tradición filosófica occidental, empezando con Aristóteles, en nuestras pasiones los seres humanos no nos distinguimos esencialmente de otros animales; si hay una diferencia fundamental, una pregunta sobre la que

encontramos opiniones divididas, estará basada en el acceso que tenemos sólo los humanos a las facultades racionales. En la jurisprudencia contemporánea existe también la categoría del delito de odio, al cual pertenece la violencia racial. El odio puede ser entendido como una pasión. Independientemente de su sentido estrictamente legal, en el discurso laico hablamos de ambas categorías de delito en términos parecidos; y muchas veces, sobre todo en el discurso casual, se supone que en la mente del criminal la razón está subordinada o dominada por otro elemento de la psiquis, un elemento animal.

A la misma vez, el hecho de que sean *delitos* contradice esa presuposición. A un tigre que se come un niño no lo llevamos preso, ni presentamos cargas criminales. No tiene derechos legales, ni tampoco le imponemos las mismas expectativas con las que enfrentamos a otros seres humanos, ni esperamos que por alguna intervención de nuestras cortes pueda dejar de comportarse como tigre. Un delito es un acto cometido por un agente humano. La agencia del criminal puede ser defectuosa, pero no deja de ser agencia humana. Según Kant, la razón humana no sirve para hacernos felices, todo lo contrario, en muchas situaciones nos hace más infelices. Según este filósofo, el tener buena voluntad guiada por la razón es una condición necesaria para *merecer* la felicidad. Es la razón que nos permite concebir mundos posibles diferentes del mundo en el que vivimos, y es por la razón que construimos los caminos tortuosos por los que esperamos llegar de un mundo a otro. Los caminos de la razón nos piden paciencia, tenacidad, y sacrificio.

Estoy lejos de ofrecer otra defensa filosófica de estas supuestas virtudes, ni menos de la razón. Tampoco creo en la naturaleza humana, o que existan características esenciales que nos distinguen del resto del reino animal. Mi punto es éste: en las concepciones tradicionales de la naturaleza humana, la razón y las virtudes han ocupado un lugar privilegiado.

Seamos consecuentes en nuestro análisis de la violencia racial. Es cierto que hay formas de violencia apasionadas o febriles; también hay formas frías y racionales, simbólicas y abstractas. Estas últimas formas de violencia presuponen arduos sacrificios de la razón, y aceptarlos sin placer, como pasos necesarios para llegar a un mundo mejor. ¿Cuál será este mundo mejor? ¿Será quizás un mundo sin hambre, pobreza, u opresión? ¿O será un mundo sin judíos, sin negros, sin mujeres libres? El representar otro mundo posible y construir un método para hacerlo realidad es la actividad más racional, y en este sentido estrecho más humano, de la que somos capaces. En los casos más extremos de malicia diabólica en la historia humana encontramos una sobreabundancia de evidencias de una actividad sumamente racional.

En Poznan, Polonia, en 1943 Heinrich Himmler dio un discurso privado para un grupo de oficiales de la SS. Habló en términos francos de las atrocidades que habían cometido, y reconoció el desafío moral, psicológico, emocional, y espiritual que presentaban para el agente que se quería mantener "decente" [anständig]. Reconocer todos estos costos y estar dispuesto a pagarlos requiere un esfuerzo heroico. En Kigali, Rwanda, en 1994, los locutores de las radioemisoras de las milicias Hutu Interahamwe exhortaban a sus seguidores de "hacer su trabajo," el trabajo de matar con machetes a un millón de sus parientes y vecinos no porque daba placer, ni tampoco para apoderarse de sus propiedades, pero porque un mundo sin Tutsi sería un mundo mejor, aún con la magnitud del sacrificio necesario para lograrlo.

Espero haber provocado una reexaminación de mitos filosóficos comunes sobre la relación entre la violencia, y sobre todo la violencia racial, y la deshumanización. La violencia se puede interpretar como una forma de reconocimiento mutuo, quizás una forma de reconocimiento patológica pero no deshumanizante. Pensar en la diversidad humana imaginándose otras formas más sanas de reconocer al otro será una tarea muchísimo más difícil que imaginarse un mundo mejor, y una para la que necesitaremos recursos intelectuales más allá de la mera razón.

Pensar en la diversidad humana imaginándose otras formas más sanas de reconocer al otro será una tarea muchísimo más difícil que imaginarse un mundo mejor (...)